

## VOLUNTAD DE LA LUZ

*Nada es la realidad sin el Destino de una conciencia que la realiza.  
Memoria son los sueños, pero no voluntad ni inteligencia.*

J.R.J

*En realidad, me digo, qué escaso es  
el poder de la sombras.*

*Ahora, musito un nuevo credo  
dictado por la luz:  
ante la claridad se inclina el mundo.*

Antonio Cabrera

### I

Al despertar,  
acércate a la ventana, que azul  
está abriéndose al llano fulgente de cobre.  
Contempla la mañana del mundo,  
su aire, cómo empieza a ensanchar la realidad  
frente al cansado dominio de la oscuridad,  
y agradece que el sol te conceda hoy su luz.

Sabes que en algún lugar los ciervos estallan sus astas  
bajo encinas antiquísimas, que el hielo del último  
bourbon se derrite en una acera,  
que muchachos jóvenes se aman  
cansados y con desgana como héroes tristes  
entre sábanas de azahar y que, mientras, las lechuzas  
cobijan su blanco puro en un agujero  
de ébano infinito.

Ahora mira el día ser sólo el cielo  
y el ave que lo cruza en este instante  
ya olvidado de la ambigua retórica nocturna,  
y para ser no ansíes nada,  
porque el ser que eres llegará a ti  
sin preguntarse,  
con toda la claridad de la mañana.

### II

En la vida,  
su correr los días,  
existe una armonía que brota  
de lo honesto.  
Por ello abdicó,  
en los momentos cortados a la medida  
justa del cuerpo,  
de la palabra.

### III

Jamás existió el sonido del viento.

Arriba de los tejados y las agujas  
verdes del pino  
-donde la forma no sucede-,  
sus ráfagas se nos hacen invisibles  
por no escuchar nada.

El viento es un movimiento invisible,  
levedad y dinamismo,  
que sólo es delatado por el grito del obstáculo  
al que golpea.

Al igual nosotros,  
seres de curioso asombro.  
Lo no visible golpea  
en la piedra blanca de nuestra  
conciencia y se delata en canto.

### IV

Aquella tarde  
las nubes, encendidas  
de blanco y dejando entrever  
la cúpula de un azul salvaje,  
pasaban lentas sobre el lleno vaivén  
de un campo de centeno.

Guardo en mi memoria los más de  
setenta milanos –llegué a contar–  
que venían volando desde el sur sobre  
el imposible oleaje de espigas,  
aquel jugar cadencioso de la luz y el silencio,  
ese ritmo de la vida  
que nos marca la naturaleza,  
y que tan grato nos es resucitar  
en la rutina de urbe.

V

*Para Dolores (con sus Asics amarillas)*

A veces es preciso,  
para gozar un asomo de verdad,  
entender el lenguaje  
recóndito de la vida, atender con dedicación  
al símbolo y su analogía exacta.

Otras, sin embargo,  
nada es necesario para lograrlo.  
Como si para gozar la belleza de una alta cumbre  
nada se nos exigiera, y se nos mostrara accesible  
cual una llana y humilde era.

Así ocurre. En ocasiones  
se nos regala,  
sin esperarlo, un momento de sabernos  
dueños de un amuleto inesperado que nos hace  
punzar la cuerda de nuestro acorde.

Así sucede ahora,  
en este caminar juntos  
por la herrumbre de unas calles,  
mientras veo el mimbres de tus pasos  
trenzar de oro las aceras.

## VI

Escribir por nadie y sin saber.  
Ir encendiendo palabras,  
como luciérnagas en rocalla árida,  
y sorprendernos y no saber  
para admirar cada día más  
en su interrogante maravilla.

## VIII

Apenas al despertar,  
suenan campanas de duelo  
—es una vieja costumbre  
para anunciar la muerte de un vecino—,  
los tañidos se suman lentos, seguidos  
de un silencio hondo,  
y añaden  
una nota sombría a la mañana.

Como si algo afuera te llamara,  
sales a la puerta de casa:  
las campanadas ahuyentan a  
las palomas de la torre que vuelan  
en bandos sobre los tejados  
barnizados con el brillo del rocío,  
un estornino ofrece su canto desde  
una antena y una golondrina cruza  
la calle a ras del suelo para después  
volar alto, seguir más alto aún  
y perderse en el contraluz del sol.

Que nada espere de mí ese  
tañer fúnebre. En esta mañana  
me uno a las aves, a su don antiguo  
para desconocer la muerte.

## VII

Sentado en la terraza, escucho  
el grito de los vencejos en la noche.

No quiero saber, ni oír palabras  
de mística, ni siquiera de plenitud.

Sólo esta gracia cotidiana:  
mirar los astros, escuchar el  
grito de los vencejos en la noche  
y saberme –sin plegarias–  
a la deriva cierta y desentendida  
que ajusta al mundo en su desorden.  
Eso me basta.

## VIII

¿A qué embozo de qué negrura  
conceder, torpe de ti, el pensamiento?

Somos de este mismo reino  
en que el árbol suma lento  
añadas a su tronco, sobreviviéndonos  
generación tras generación y alzándose  
ajeno a la humana fabulación.

Las cosas existen y  
nada exigen para justificarse.

Las cosas no esconden más secreto  
que el que eres capaz de inventar,  
y para los ávidos de oscuridad  
guardan, en su germen, siglos de luz.

## IX

En la inocencia del agua, la rama  
y la piedra, se oye un crepitar, donde  
la púgil cátedra se hace ceniza.

## X

*A Pepe Enguídanos*

El pájaro doméstico,  
en su celda,  
no conoce temblor de rama  
que sostenga su bello trinar.  
Canta, tan orgulloso como acostumbrado,  
la villanía  
de su servidumbre.

## XI

Esta gota blanca que ha caído  
en tu mano al coger el higo delata  
la entraña madre del suelo que pisas.

En cosas así te recreas.  
Deseas que este mirar límpido  
no cese,  
que haya instantes de derramarse en el día  
como alcohol se derrama sobre  
la herida hasta sanarla.  
Y que así te sea la vida  
un regalo de flor en pura primavera.

## XII

*La exclusión de la luz no me impide ver claro.*

J. M. Caballero Bonald

Llega un día leve de diciembre,  
llega la noche más larga del año.  
Apenas las seis de la tarde y la noche  
ya se cierne fría de antemano  
dejando un brillo de destierro y belleza  
sobre las calles en silencio.

Si un día de junio nos hablara  
a esta misma hora, nos diría un clamor  
de fuego, una algarabía de agua fresca  
dispuesta para renacer al cuerpo; el pórtico  
ardiente a una brisa serena de anocheada  
cálida.

El ardiente blanco que reposa  
en nuestras sábanas, a la altura exacta y única  
donde se cobijan nuestras palabras,  
nuestros besos, tan  
cercanos a la luz siempre viva que a diario  
se reserva y no guarda rehuida para  
quien la ceremonia.